

Bajo las aguas de Saint-Sulpice. Alan Pitronello

La pesadumbre me invadió de súbito al bajar del tren. Aguardamos al señor Clerens en la estación bajo la lluvia, con los baúles y el material médico de Arsenio. Recuerdo cada detalle, el olor a tierra quemada, las nubes bajas sobre el lago Lemán como si anunciaran un duelo, y la tristeza de mi corazón que anticipaba que algo terrible estaba por acontecer.

El señor Clerens nos condujo en carruaje hasta Saint-Sulpice.

Arsenio y yo nos habíamos casado hacía seis meses, en una ceremonia modesta y rápida. Estaba embarazada de tres meses. Sólo lo sabíamos nosotros. Sin la posibilidad de un viaje de bodas, mi marido tuvo que aceptar un puesto mal pagado en el hospital psiquiátrico junto al lago.

Clerens nos enseñó la casa, que era inmensa. Inabarcable para un matrimonio apacible como el nuestro que pasaba su vida en el salón. Aquel lugar estaba abarrotado de muebles y de objetos ajenos, dispuestos bajo un orden inquietante, como si desde el principio, parecía querer advertirnos de que éramos únicamente sus huéspedes. En aquel primer recorrido, hallé a *Cécile*. La encontré en el altillo. Al verla, rememoré las muñecas que abandoné por Arsenio, al convertirme en su esposa. Mientras ellos bajaban por la escalerilla, la cogí, la abracé contra mi pecho, y le juré amor eterno. Pronto se convertiría en mi única amiga.

Las horas languidecían bajo una extraña aflicción. Al entrar la tarde, los rios de Evián atenuaban la luz del sol, cerniendo sobre la otra orilla, una sombra apagada. A las cinco, se levantaba el viento y golpeaba las ventanas. Desde la galería contemplaba el baile de las arboledas, a lo lejos, la corriente trazaba extraños signos en el lago. Aquellos meses no conseguí acostumbrarme a los ruidos. Pasaba los días en soledad, a la espera de Arsenio. Él solía regresar cuando el campanario de Saint-Sulpice marcaba las seis. Entonces me descubría con *Cécile* en el sofá, junto a la chimenea, con un bordado o un libro.

Al principio, compartimos el salón, pero poco a poco, casi sin darme cuenta, Arsenio comenzó a encerrarse en el estudio. Una angustia irrefrenable fue creciendo en mi interior. Empecé a sentir que la casa se agrandaba, que ansiaba devorarnos entre sus enseres y relegarnos a algún rincón oculto.

La niña nació muerta. Arsenio dejó de hablarme. Entonces volvía pasadas las nueve, las diez, o la medianoche, y se encerraba con llave en el estudio. Mis días eran lamentos y sollozos, súplicas terribles. El único contacto con otras personas fueron las contadas visitas del señor Clerens.

Cécile me acompañaba sobre el regazo. Deambulábamos como dos espectros por la casa, en penumbra. Cierta noche, oímos un ruido estremecedor en el pasillo, un golpe seco. La puerta de mi alcoba se abrió con estrépito.

Era Arsenio con expresión estaba desencajada, los ojos enrojecidos llenos de rencor, tenía la camisa abierta y el pelo cubierto de sudor. El miedo me paralizó. No, no era él. Un odio irracional se había apoderado de su voz y de sus extremidades, que consideré capaces de cualquier cosa.

— ¡Ha sido esa maldita muñeca!

Me la arrebató de las manos y se deslizó escaleras abajo.

La chimenea la recibió con un fogonazo azul entre sus brasas. Caí de rodillas mientras se derretía lo único que me quedaba. La casa se llenó del eco de mis alaridos. Arsenio era el culpable, y lo maldije. Me incorporé y vi que se había largado. La puerta del jardín permanecía entreabierta. Cogí un abrecartas de la mesilla del sofá y fui tras él. La luna bañaba de plata la parcela. Avancé a través del huerto, crucé los arbustos hasta la verja que daba al lago.

Descubrí su silueta adentrándose en las aguas negras. No estaba dispuesta a ver de qué manera se quitaba la vida. Lo amaba, era todo para mí, pero estaba decidida a matarlo. Superé el frío de la marisma y mis enaguas temblaron con las olas. Oí un grito desde la orilla, pero continué sin detenerme. El lago estaba helado, avancé todo lo que pude, y en poco tiempo, tuve el agua al cuello. Divisé la figura de Arsenio que desaparecía entre las olas y la niebla.

— ¡Arsenio! —clamé desgarrada, incapaz de seguirlo.

Unos brazos me arrastraron de vuelta a la margen del lago.

— ¡Señora! —El señor Clerens, con el traje empapado, me sostuvo hasta la arena. Descubrió el horror y el desconcierto en mi cara—. Su marido y su hija *Cécile* no están. Señora, han muerto ahogados, justo hace un año.

Ha pasado mucho tiempo de aquel suceso. Hoy guardo luto en el viejo hospital local, nadie me hará abandonar Saint-Sulpice ni a mi familia. Sé que me necesitan. Las noches son apacibles, y las aprovecho para pasear por la orilla

del lago. En la penumbra del crepúsculo, la noche más insospechada, sé que estarán allí, cogidos de la mano entre las aguas y la niebla ceniza.